



Las y los conservadores solo retrasarán el curso de la historia

Desde ahora puedes suscribirte automáticamente

[Suscribirme a la Revista Primera Piedra](#)

Editorial

I. Un puente hacia ninguna parte. Por Daniel Matamala.....	3
II. Brecha de género: 83% de los alcaldes y 67% de los concejales son hombres en el país. Por el Desconcierto.....	5
III. Populismo: América Central también existe. Por Nueva Sociedad.....	6
IV. Neoliberales y libertarios por América Latina. Por Juan J. Paz y Miño Cepeda.....	17
V. Magdalena Vergara y Álvaro Ramis sobre respaldo de Macaya al texto constitucional y más en JYR. Por El Mostrador.....	20



EDITORIAL - 1058

Frente al devenir de una derrota política para Republicanos en el actual proceso constituyente, el oficialismo pareciera mantenerse en silencio y la derecha aprovecha la instancia para concentrarse en una maniobra sucia para llevar el problema a otro horizonte, que es establecer que las fuerzas oficialistas y antineoliberales, están proponiendo un repliegue táctico para volver con más fuerza en cuatro a cinco años en busca del cambio constitucional, porque en síntesis, esta oportunidad ya se perdió. ¿Y qué tiene que ver esto con el futuro del país? Claramente no tiene que ver nada, solo es una expresión más del populismo de derecha y neoliberal.

El proceso constituyente podría estar caminando a la postura inicial de Republicanos: mantener la Constitución de Jaime Guzmán. Escenario ideal para los ultraconservadores, pero no para una derecha que políticamente a podido gobernar con Piñera en dos oportunidades, estamos hablando de la derecha de Evelyn Matthei, que aunque no cercana al Piñerismo, fue capaz de instalarse en el ministerio del trabajo (quizás una de las carteras más complejas en Chile).

El populismo de Republicanos, ya no cala hasta el fondo de la conciencia ciudadana, porque las personas se han dado cuenta que se trata de un grupo que no busca el bienestar de las grandes mayorías ni la inclusión de las minorías históricamente abandonadas. Solamente acuden a un sentido de urgencia para instalar sus ideas con formulas del siglo pasado.

Es claro que el populismo ciudadano de derecha es una estrategia para ganar elecciones, no así el populismo económico, porque en virtud de la realidad, aún Chile tiene dueños desde las grandes grupos económicos, que frente a cualquier distorsión del sistema que los haga perder sus ganancias, podrán todos los recursos necesarios buscando mantener o cambiar la Constitución, para que les pueda reportar ganancias y una valorización de sus acciones cada vez mejor.

El populismo en Chile tiene dueño, pero la necesidad de cambio no, y sea quién sea quién gobierne, el mandato es del pueblo soberano...Si no, no podrán gobernar.

“Las y los conservadores solo retrasarán el curso de la historia”



I. Un puente hacia ninguna parte. Por Daniel Matamala

En la campaña del Rechazo, un grupo de dirigentes históricamente ligados a la Concertación caminaba por el Puente Condell, replicando la icónica propaganda del No.

“Hace 35 años dijimos que No, para tomar el camino de la democracia. Hoy volvemos a decir que No, para tener la Constitución que Chile merece. Votamos Rechazo para tomar el camino de una Constitución que nos una”, rezaba el anuncio.

¿Nos está llevando hacia allá ese puente?

Quienes formulaban esa promesa no tenían el poder para cumplirla. Era un cheque sin fondos. Los verdaderos dueños de ese capital político se mantuvieron ocultos, y externalizaron la campaña en rostros moderados y amables. Fue una estrategia exitosa, que planteó al No en 1988 y al Rechazo en 2022 como una continuidad histórica, la prolongación del mismo puente hacia un Chile democrático, amable e inclusivo.

Pero la noche del 4 de septiembre, los dueños reaparecieron y se hicieron cargo. El triunfo de los republicanos en las elecciones de consejeros completó el cuadro: ellos no habían hecho ninguna promesa, y por lo tanto, el cheque era incobrable.

Un vulgar “chirimoyo”.

Los republicanos ganaron machacando un solo mensaje: mano dura contra la delincuencia. Pero ahora dicen tener “un mandato para buscar siempre y en todo lugar la derogación de la ley de aborto”. ¿En qué pliego de campaña dijeron eso? ¿En qué franja hablaron de dar beneficios a los asesinos de Punta Peuco, o de vetar las acciones contra la crisis climática?

La paridad también fue eliminada. Los votos republicanos descartaron la norma que comprometía que ningún género tendría menos del 40% de los parlamentarios en las dos próximas elecciones.

“La paridad no está en juego en caso de que gane el Rechazo”, habían prometido en una carta pública las principales dirigentas de derecha antes del plebiscito. “Yo estoy de acuerdo con este tema en el proyecto de Constitución”, dijo entonces la senadora Ximena Rincón. “Yo estoy de acuerdo con la fórmula que se propone. Hay un avance civilizatorio que hay que mantener”, agregó el exministro Jaime Bellolio.

Ese proyecto definía a nuestra democracia como “inclusiva y paritaria”, comprometía al Estado con la “igualdad sustantiva” entre géneros, establecía un mínimo de 50% de mujeres en todos los órganos de poder del Estado, y reconocía los cuidados y el derecho a la interrupción del embarazo. Nada de eso está en el proyecto actual.



Ese cheque rebotó con estrépito en caja.

La explicación para descartar la paridad es que significaría “meter la mano a la urna”. Lo curioso es que eso es exactamente lo que hacen otras normas que sí fueron aprobadas, como el sistema electoral por listas, o la barrera de 4% para que un partido acceda al Congreso.

O sea, sí se puede meter la mano a la urna para resguardar los equilibrios entre fuerzas políticas o excluir a los partidos más chicos, pero es inaceptable hacerlo para garantizar la paridad entre mujeres y hombres.

Hay más. El Pleno aprobó que “las actuaciones de los militares, ya sea en acto de servicio militar o en cumplimiento de sus funciones, serán conocidos por la jurisdicción militar”.

Con ese artículo, casos como el de Romario Veloz, asesinado por una patrulla militar el 20 de octubre de 2019 en La Serena, serían vistos por la justicia militar. Los invito a leer el fallo sobre ese caso, que acredita que una patrulla disparó municiones de guerra sobre civiles desarmados, y decidir si es deseable que un crimen como ese quede bajo tutela militar.

Lo paradójico es que un punto clave del Rechazo fue la oposición a las “justicias paralelas”, debido a que sería la ley la que definiera el límite de las jurisdicciones indígenas. Ahora la justicia paralela para víctimas civiles no es una suposición, es un hecho. Según la exministra Soledad Alvear, de Amarillos, “ni Pinochet o Jaime Guzmán habrían llegado a estas normas. Constitucionalizar la justicia militar es muy grave”.

Suma y sigue. Se aprobó que “las sentencias judiciales no tienen fuerza obligatoria sino respecto a las partes e intervinientes”. Una enmienda que favorece a empresas que abusen masivamente de clientes o consumidores, como las isapres, ya que los fallos no podrán aplicarse a los afectados que no sigan el largo proceso ante la justicia.

Como reconoció abiertamente el consejero Antonio Barchiesi, se trata de evitar “el riesgo de que los jueces extiendan el efecto de las sentencias más allá de las partes del juicio, como ocurrió recientemente en una materia de política pública muy sensible por parte de la Tercera Sala de la Corte Suprema”. Supremos, quedan avisados. No se metan con las isapres.

Una más: el Pleno aprobó que la Cámara tenga 138 diputados. El político Edmundo Eluchans, que ha ejercido cargos políticos por los últimos 30 años, celebró que “Chile por fin tendrá menos políticos”. ¿Y por qué ese número? “Si la pregunta es por qué 138 y no 137 o 139, no tengo respuesta”.



El consejero Becker dijo que “138 es un promedio” entre los actuales 155 y los 120 del binominal. El consejero Solar reconoció que “es un poquito al azar esta cuestión”. El consejero Silva filosofó “¿Por qué 120 kilómetros por hora es la velocidad máxima en carretera? ¿Por qué 50 es la velocidad máxima en zona urbana?”

¿Se imaginan si este cantinfleo sobre una norma tan relevante hubiera sido protagonizado en la Convención por mujeres indígenas o dirigentas sociales? Pero como fueron hombres de traje y corbata, pasó piola.

Es que el clasismo pega fuerte. Los Amarillos dicen que el actual proceso se hace “con constituyentes razonables, dialogantes”, y que no están “ni la tía Pikachu, ni Rojas Vade, ni grupos identitarios furiosos”.

Giovanna Grandón (la “Tía Pikachu”) hizo un trabajo serio y dedicado en la Convención. Hubo convencionales agresivos, que insultaron a sus colegas, o que nunca fueron a las sesiones, pero su origen social los exime de la caricatura. En el actual Consejo se lanzan frases como que “nuestra bancada elige la vida mientras ustedes eligen la muerte”. ¿Es eso “razonable y dialogante”?

Quedan cinco semanas. Y hasta ahora, el prometido puente hacia una Constitución “que nos una” es un puente hacia ninguna parte.

II. Brecha de género: 83% de los alcaldes y 67% de los concejales son hombres en el país. Por el Desconcierto

La Asociación Chilena de Municipalidades realizó un encuentro entre el 28 y 29 de septiembre con la finalidad de reflexionar sobre la brecha de género que sigue existiendo dentro de los municipios del país.

Según datos compartidos por la asociación, en Chile el 83% de los alcaldes del país son hombres, así como el 67% de los concejales son del sexo masculino.

«Respecto de cómo avanzamos en paridad en el ámbito local es un gran desafío y en los partidos políticos hay mucho que hacer en el ámbito de lo que son las definiciones de las candidaturas», señaló la alcaldesa de Peñalolén y presidenta de la Asociación Chilena de Municipalidades, Carolina Leitaó.

Además, agregó que el desafío también se encuentra en «cómo incorporamos a más mujeres alcaldesas y concejales tiene que ver con dos cosas fundamentales, primero, el tema económico, ya que para las mujeres es la gran barrera para poder postular a ser



candidatas porque muchas son jefas de hogar. Y la segunda, el tema de poder superar aquellas barreras que están puestas en los propios partidos, las propias discriminaciones que existen de las capacidades debido a que las mujeres siempre tenemos que rendir cuentas de nuestras capacidades para hacer algo, cosa que no ocurre con las candidaturas masculinas».

Municipios: sólo 17% es conducido por mujeres

Por su parte, la jefa comunal de Santiago aseveró que, si bien «estamos trabajando cada día en nuestros barrios y en nuestras comunas», todavía «somos muchas menos que nuestros pares los varones».

«Hasta el día de hoy solo un 17% de los municipios del país son conducidos por alcaldesas, crecimos respecto del periodo anterior que era un 12%, pero seguimos claramente siendo minoría. En las concejalías ocurre algo similar, puesto que solo un 33% son mujeres», agregó la jefa comunal y presidenta de la Comisión de Género de Achm.

El encuentro estuvo cruzado por un número importante de mujeres y lideresas, entre las que se encuentran la Jefa de la Oficina en Chile de ONU mujeres, Gabriela Rosero; Olga Segovia, de Red Mujer y Hábitat para América Latina y el Caribe; la Doctora en Lingüística y ex Constituyente, Elisa Loncón, además, de la participación que tendrán la primera Presidenta mujer de la Asociación Chilena de Municipalidades, Carolina Leitao, la alcaldesa Irací Hassler, quien es la presidenta de la Comisión de género de Achm y la Vicepresidenta de la misma comisión, Javiera Toledo, alcaldesa de Villa Alemana.

III. Populismo: América Central también existe. Por Nueva Sociedad.

En los últimos años, explotó la producción académica sobre el populismo. Incontables libros se dedicaron al tema, explorándolo desde una multiplicidad de ángulos. Además de las cuestiones relacionadas con los partidos políticos¹, publicaciones recientes analizaron su economía política², su relación con los sistemas de valores culturales³, su impacto en los sistemas políticos, su relación con los medios de comunicación⁴, su dimensión performativa⁵.

Esta ampliación del campo se construyó sobre una base de estudios que ya son clásicos. En 2005, Ernesto Laclau publicó *La razón populista*, libro que resultó un parteaguas. Francisco Panizza inauguró ese mismo año un renovado interés por el estudio comparado de los populismos con la edición del libro colectivo *Populism and the Mirror of Democracy [El populismo y el espejo de la democracia]* (Verso, 2005). Con ese propósito se publicaron también *Populism in Europe and the*



Americas: Threat or Corrective for Democracy , [Populismo en Europa y en las Américas: amenaza o correctivo para la democracia], dirigido por Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (Cambridge UP, 2012) y Populism in Global Perspective: A Performative and Discursive Approach [El populismo en perspectiva global. Un enfoque performativo y discursivo], editado por Pierre Ostiguy, Francisco Panizza y Benjamin Moffitt. Estas obras con alcance interregional y global contienen estudios de caso y analizan el populismo en Palestina, Yugoslavia, Sudáfrica, Grecia, Bélgica, Canadá, República Checa, México, Austria, Venezuela, Perú, Eslovaquia, Argentina, Australia, Bolivia, Brasil, Ecuador, Francia, Hungría, Italia, Kenia, Holanda, Nueva Zelanda, Perú, Filipinas, Suiza, Tailandia, Uganda, Estados Unidos, Zambia, África, Australia, Europa del Este, Asia del Este, la India, los Estados postsoviéticos, Europa occidental y Turquía.

Frente a esta abundancia de contenido, aparece como válida la pregunta el sentido de un libro más sobre el populismo. ¿No será además doblemente redundante, ya que trata incluso de populismo en una subregión de América Latina? Es sabido que la historia del subcontinente delimitado por el río Grande hacia el sur está marcada por el populismo, y que muchos de los textos fundamentales sobre el tema se escribieron en él o sobre él. ¿Queda algo por decir del populismo en esta región? En nuestra opinión, la respuesta es clara: no solo queda mucho por decir, sino que es una tarea crucial decirlo en este momento histórico, cuando la moneda del cambio político parece estar dando vueltas en el aire y no se sabe bien de qué lado caerá.

La producción latinoamericana sobre el populismo es abundante y compleja. Moira Mackinnon y Mario Petrone fueron precursores con Populismo y neopopulismo en América Latina (Eudeba, 1998). Kurt Weyland, Carlos de la Torre, Gerardo Aboy Carlés y Hernán Ibarra publicaron Releer los populismos (CAAP, 2004). Flavia Freidenberg publicó La tentación populista (Síntesis, 2007), el mismo año en que Julio Aibar Gaete coordinó Vox populi. Populismo y democracia en Latinoamérica (Flacso México, 2007). Carlos De la Torre y Cynthia J. Arnson editaron Latin American Populism in the Twenty-First Century [Populismo latinoamericano en el siglo XXI](Woodrow Wilson Center Press / Johns Hopkins UP, 2013). Más recientemente, Graciela Di Marco, Ana Fiol y Patricia Schwarz abrieron una línea de indagación novedosa con Feminismos y populismos del siglo XXI (Teseo, 2019).

Sin embargo, no abundan los estudios sobre América Central. Cuando comenzamos este proyecto, hicimos un esfuerzo para reunir la producción publicada sobre el populismo centroamericano en perspectiva comparada y nos encontramos con que es escasa, casi inexistente. Hay dos excepciones. La más notable es el libro de Virgilio Álvarez Aragón y Edmundo Urrutia, Sobre populismo y democracia en América Latina (Flacso Guatemala, 2010), producto de un seminario internacional



realizado por Flasco Guatemala, que focaliza sus reflexiones regionales casi exclusivamente en los casos de El Salvador, Guatemala y Honduras. La otra excepción es *Populism in Latin America* [Populismo en América Latina], de Michael Conniff (The University of Alabama Press, 1999), que incluye un pequeño capítulo sobre Arnulfo Arias en Panamá.

Por un lado, podría pensarse que en esta escasez de estudios hay una continuidad respecto de la poca relevancia que se le da a la política del istmo en la investigación que se supone global o latinoamericanista. Es usual que libros que se presentan como estudios comparados sobre «Latinoamérica» se circunscriban en realidad a América del Sur. Entonces, América Central no está adecuadamente representada ni como parte de una discusión más amplia sobre la realidad latinoamericana, ni tampoco como una subregión con problemáticas específicas. Excepcionalmente, Weyland (2012) menciona Costa Rica como ejemplo para ilustrar el rol de los partidos políticos fuertes para obstaculizar la aparición de liderazgos populistas⁶, y Pierre Rosanvallon, en *El siglo del populismo. Historia, teoría, crítica* (Manantial, 2020) incluye Nicaragua como uno de sus ejemplos de gobiernos populistas.

Este fenómeno podría responder a distintas causas. Podría decirse, por ejemplo, que en los últimos tiempos los estudios sobre América Latina se centraron en los casos del llamado «populismo radical» en Venezuela, Ecuador y Bolivia y que, al no haber otros igualmente radicales en América Central y el Caribe, está justificada la ausencia de esta región. Sin embargo, los estudios mencionados incluyeron casos no radicales como el de Ollanta Humala en Perú, Álvaro Uribe en Colombia, Andrés Manuel López Obrador en México y Carlos Ibáñez en Chile.

También se podría pensar que el neopopulismo neoliberal latinoamericano de la década de 1990 fue un fenómeno exclusivo del Cono Sur y la región andina, con Carlos Menem en Argentina, Fernando Collor de Mello en Brasil, Alberto Fujimori en Perú o Abdalá Bucaram en Ecuador. Sin embargo, se podría dudar de esta premisa, toda vez que durante esa misma década los países de América Central y algunos en el Caribe tuvieron gobiernos que abrazaron con entusiasmo el neoliberalismo, lo que hace muy probable que existan coincidencias en los procesos políticos que lo sustentaron.

Quizá se podría explicar la ausencia de América Central y el Caribe en estos estudios por el tamaño de los países de la subregión. Sin embargo, en estas importantes publicaciones se incluyeron algunos países con población bastante pequeña como Bélgica, Austria, República Checa y Ecuador, similar a la de, por ejemplo, Honduras o Guatemala. Tampoco parece poder explicarse por el grado de desarrollo de las economías de los países estudiados, ya que evidentemente las publicaciones versaron sobre países subdesarrollados.



Entonces, la historia y la política centroamericana suelen ser subsumidas en una idea de «Latinoamérica» que, en realidad, solo abarca «Sudamérica», e incluso la mayoría de las veces privilegia los países del Cono Sur y Brasil (aunque con frecuencia incluye México). Se supone tal vez que América Central solo sigue o replica tendencias o procesos propios de la región en su conjunto.

Sin embargo, una mirada superficial a la historia latinoamericana marca que América Central y el Caribe de ninguna manera siguen las tendencias políticas de sus vecinos del Sur (o del Norte), sino que, por el contrario, a menudo las inauguran o marcan hitos. La historia del populismo latinoamericano no puede comprenderse sin reconocer el impacto que tuvieron en él hechos como la destitución de Jacobo Árbenz Guzmán en Guatemala, el discurso católico y antiliberal de Rafael Calderón Guardia en Costa Rica o el antiimperialismo de Omar Torrijos en Panamá. Árbenz Guzmán fue derrocado por un golpe de Estado en 1952, tres años antes de que lo mismo sucediera con Juan Domingo Perón en Argentina. Podría afirmarse, entonces, retomando a Greg Grandin (2007), que 1952 marcó el inicio de una época de legitimación de la violencia política para eliminar a los líderes populistas. Por otra parte, es sabido que Ernesto «Che» Guevara se encontraba trabajando como médico rural en Guatemala cuando sucedió la destitución de Árbenz Guzmán; así, sería posible afirmar, como lo hace Ernesto Semán (2017), que el evento de más profundo impacto en la política latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX, la Revolución Cubana, es hija directa del desencanto de los jóvenes activistas con las posibilidades de la democracia populista frente al fin de la experiencia guatemalteca. Más adelante en el tiempo, en América Central se produjeron y refinaron las metodologías de represión política antipopulista, que se expandirían luego por todo el continente.

Para decirlo sintéticamente: leeremos mal la historia política de toda América Latina si no ponemos América Central en el centro. Este es el propósito del presente libro: poner el foco sobre las raíces, la vigencia, y las frustraciones del populismo en las experiencias históricas propias del istmo. Precisamente, nos preguntamos cuáles son las características del populismo en América Central y qué aportan sus casos a la comprensión del populismo latinoamericano y global.

Además de las razones históricas, resulta imperativo escribir un libro sobre el populismo en América Central con foco en la política contemporánea. Para empezar, no es cierto que el populismo no existe en el istmo. El presidente hondureño Manuel Zelaya dio un abrupto giro en su proyecto político que lo vinculó a la ola de izquierda populista bolivariana hasta su derrocamiento en 2009. Ricardo Martinelli, que fue presidente de Panamá, también puede considerarse populista, y su ascenso prefiguró la escalada populista en la región. La ola actual es innegable.



El presidente de El Salvador, Nayib Bukele, anunció en septiembre de 2022 que tenía intenciones de competir por la reelección a pesar de que está prohibido en la Constitución de ese país. Ese mismo año, Costa Rica, que durante casi un siglo fue considerado un modelo de democracia partidaria, eligió a Rodrigo Chaves, un populista, en medio del desplome de su sistema de partidos. En Nicaragua, el ex-comunista Daniel Ortega parece haber completado su viraje ya franco hacia un régimen autoritario; las acusaciones de populista ya son rutina.

Realizar esta tarea de una manera que de cuenta acabadamente de la riqueza política de la región no es fácil. Se requieren resguardos epistemológicos. El primero es tratar cada uno de los casos aquí analizados con el nivel de detalle que se merece. El segundo es no extrapolar acríticamente nociones teóricas que fueron generadas para otras latitudes. Esto puede resultar obvio en cuanto a las teorías del populismo creadas a partir de los casos europeos, pero es necesario ser igualmente cuidadosos con la traslación de categorías generadas para pensar, por ejemplo, la Argentina o el Brasil de la segunda posguerra.

(...)

Los orígenes sociológicos del populismo latinoamericano: la teoría de la modernización y el enigma del populismo en América Central

Para contestar cuál es el enfoque más adecuado para estudiar los populismos de América Central, tal vez valga la pena retornar al principio: la teoría de la modernización. Como su nombre lo indica, para los pensadores de esta corriente el populismo era una consecuencia de la modernización económica de la región y su ingreso, acelerado pero incompleto, a la era industrial. En aquellos países que habían logrado formar cierta base a partir de la sustitución de importaciones (Argentina, Brasil, México), el naciente desarrollo fabril dio origen a una clase obrera industrial, urbana, mayoritariamente compuesta de migrantes internos que dejaron sus regiones campesinas para mudarse a los nuevos cinturones urbanos fabriles de Buenos Aires, San Pablo, Ciudad de México o Lima. Sin embargo, lo que podría haber sido una historia de modernización e industrialización exitosa que llevara al catch-up definitivo de la región con los países del Atlántico Norte terminó, para estos autores, en una frustración histórica. Estos populismos se identificaron con una intervención de gobierno de «matriz estadocéntrica», con mayor participación estatal en la economía, redistribución del ingreso y algunas políticas del Estado de Bienestar.

La teoría de la modernización analiza el populismo latinoamericano a partir de tres supuestos. El primero es que el desarrollo político «normal» debe resultar en un sistema político organizado alrededor de partidos de masas programáticamente



definidos según clivajes de clase (partidos socialdemócratas versus conservadores); el segundo, que el populismo es una patología específica de la política latinoamericana que, como un virus, impidió el «normal» desarrollo político. El tercero, que el surgimiento de líderes personalistas, carismáticos y clientelares es el principal obstáculo para el desarrollo político de la región.

Los teóricos latinoamericanos de la modernización fueron gigantes del pensamiento sociológico, que ubicaron la ciencia política latinoamericana en la primera línea mundial. Sus hallazgos también estuvieron permeados por su carácter inductivo. Sin embargo, América Central estuvo curiosamente ausente de sus análisis. La razón de esta ausencia no puede ser la falta de exponentes: los casos estudiados fueron contemporáneos de Jacobo Árbenz Guzmán, Rafael Calderón o Arnulfo Arias. ¿Cuál sería el lugar del istmo en esta teoría si se lo hubiera tomado en cuenta? O a la inversa, ¿cuán distintos habrían sido los hallazgos de esta teoría si hubiera tenido en cuenta los populismos centroamericanos? Probablemente, por ejemplo, los teóricos habrían podido complejizar la idea de «modernización» para imaginar que existen diversos trayectos en ese proceso, que determinan diferentes puntos de llegada, populistas y no populistas. Asimismo, tal vez podría haberse percibido décadas antes que los populismos no surgen solo y necesariamente en países con mayoría de población trabajadora industrial urbanizada, que pueden existir populismos de base campesina, y que los populismos no siempre son distributivos y estatistas. Otro punto importante que el estudio de la historia política centroamericana podría haber aportado es el rol de la violencia política de las elites en la limitación o eliminación de los populismos latinoamericanos.

En ese sentido, es a partir de la teoría de la modernización que se pueden empezar a entender los populismos históricos centroamericanos, al tiempo que teniendo en cuenta esos casos se puede enriquecer este cuerpo teórico que es parte de la tradición latinoamericana en el estudio del populismo.

(...)

La relación entre populismo y sistema de partidos. El adversario interno del populismo: partidocracia, derrumbe del sistema de partidos, neopatrimonialismo y la política de pactos

Es común el argumento de que los sistemas de partidos fuertes e institucionalizados operan organizando la representación política y la competencia de tal manera que permiten construir «anticuerpos» contra la tentación populista. Sin embargo, la encuesta analizada en el capítulo anterior muestra que «los políticos» son un foco del antagonismo social en los países de la región, con mayor preponderancia en El Salvador, que tenía un sistema bipartidista bastante estable.



Sin embargo, y como puede verse, la relación entre populismo y sistemas de partidos es más compleja de lo que parece a simple vista. La existencia de sistemas políticos con partidos establecidos, e incluso con alternancia, no es en sí un antídoto contra la aparición de liderazgos populistas. En tres países de la región existían sistemas de partidos estables: Costa Rica, El Salvador y, parcialmente, Panamá habían constituido en los últimos 30 años los sistemas de partidos más institucionalizados de la región. Honduras también contaba con partidos de larga data. Sin embargo, eso no impidió que líderes como Ricardo Martinelli o Nayib Bukele llegaran al poder.

Encontramos dos factores que resaltar para comprender la paradójica relación entre populismos y partidos. Por una parte, sigue cumpliéndose lo que en este punto deberíamos llamar casi una «ley de hierro» de la política latinoamericana: hay una estrecha relación entre crisis, deslegitimación y derrumbe de los partidos tradicionales, y posibilidad de ascenso de un liderazgo populista. El impacto deslegitimador de las crisis económicas o de las crisis de seguridad sobre los partidos establecidos es especialmente fuerte cuando ellos quedan fijados en posiciones de «socios» de la gobernanza neoliberal. Esto puede apreciarse en Costa Rica, donde los malos resultados económicos a lo largo de años impactaron en los partidos tradicionales, que quedaron fijados como elementos constitutivos de las reformas neoliberales.

También en Panamá el sistema de partidos sufrió un desvío importante que facilitó el ascenso de Ricardo Martinelli. En El Salvador, los factores por considerar para comprender el éxito electoral de Bukele son la deslegitimación de los dos grandes partidos surgidos de la transición democrática debido a la aparente impotencia frente a la amenaza securitaria y la corrupción endémica. En este sentido, la situación para estos países se puede relacionar con casos como Bolivia, Venezuela, Ecuador y Argentina a finales de los años 90, cuando el derrumbe de los sistemas de partidos existentes ofreció la apertura de una circunstancia crítica favorable al ascenso de políticos que se presentaron como outsiders.

Sin embargo, existe otro grupo importante de países en los cuales no podríamos hablar de crisis de los partidos tradicionales como facilitadora, porque los sistemas de partidos han estado menos institucionalizados, son más débiles o casi inexistentes. Para Honduras, Guatemala, Nicaragua y República Dominicana los autores de este libro han resaltado que el discurso populista se construyó no ya sobre las críticas a los partidos políticos demasiado anquilosados, sino sobre las críticas a las negociaciones supuestamente espurias y muy personalizadas de una pequeña elite de familias que disfrazan o enmascaran sus pactos bajo ropajes ideológicos e institucionales.



Como queda claro en este libro, el «otro» contra el cual se construyen los populismos en estos países centroamericanos es lo que Daniel Vásquez y Andréanne Brunet-Bélanger llaman la «cultura política de negociaciones entre pares» en el capítulo sobre Honduras, y Leiv Marsteintredet denomina «neopatrimonialismo» en el capítulo sobre República Dominicana. El neopatrimonialismo, dice Marsteintredet, es «un sistema de autoridad tradicional basado en la centralización de poder en el líder que diluye la división entre lo público y lo privado». Extrapolando en nuestra lectura, puede decirse que en América Central encontramos un «neopatrimonialismo colectivo» donde, como sostienen Vásquez y Brunet-Bélanger, el poder no se ejerce unilateralmente, sino que es ejercido por una pequeña elite de pares, donde «el sistema viabiliza el afianzamiento de nuevos o antiguos competidores, a condición de que respeten las reglas del juego y no supongan una limitación en el margen de maniobra de los demás». Tan fuerte es la cultura política neopatrimonialista que Radek Buben y Karel Kouba encuentran su impronta incluso en el gobierno de Daniel Ortega en Nicaragua. Ortega es descrito como un populista refundacional de izquierda; sin embargo, ambos autores sostienen que él «no solo no ha desafiado el statu quo socioeconómico; al contrario, se ha beneficiado políticamente del apoyo y la aprobación de las elites sociales y económicas».

El dominio de un modelo político basado en las negociaciones entre pares se nota en otro fenómeno: no es raro que los liderazgos populistas de los países tratados provengan de adentro de la elite política, con la cual eligen romper, por diversas razones. Son insiders: empresarios, juristas, terratenientes, funcionarios electos, que luego, y en función de esta ruptura, se presentan a la sociedad como outsiders. Dos casos contemporáneos emblemáticos son los de Ricardo Martinelli en Panamá y los Zelaya/Castro en Honduras. Subrayamos este factor no para impugnar el valor de verdad del posicionamiento de outsider. Las posiciones de insider/outsider (como las de héroe y villano) son construcciones del propio discurso y, como tal, flexibles y situacionales. Se trata solo de identificar una dinámica política en la que las negociaciones, rupturas y relaciones personales tienen muchas veces primacía por sobre lo programático o lo partidario. De hecho, podría sostenerse que, así como el personalismo de la política centroamericana convive con, y de hecho reforzaba, la competencia estable de partidos, el populismo puede convertirse en otra manera, más antagonista, de modular ese personalismo.

Creemos que este resulta un hallazgo sustantivo de la indagación comparada presentada en este volumen, que obliga a revisar la teoría actual sobre el populismo y sus otros. En muchos casos, el otro del populismo no es un supuesto estilo tecnocrático ni los partidos institucionalizados, sino un modelo político basado en negociaciones informales.



Este resulta para nosotros un hallazgo clave de este libro: en América Central, el «otro» del populismo no es la tecnocracia, ni el pluralismo liberal. Puede serlo la competencia partidaria institucionalizada (es decir, la partidocracia) en el contexto de crisis de los sistemas de partidos. Sin embargo, en otros casos, el «otro» del populismo pueden no ser los partidos, sino los «pactos de caballeros» en los que se encarna el patrimonialismo. En este sentido, la investigación comparada reunida en este libro ayudó a identificar, y tal vez resolver, una laguna de gran importancia en la teoría sobre el populismo.

¿Por qué Bukele?: el liderazgo importa

Finalmente, debemos insistir en afirmar una verdad que puede sonar de perogrullo, pero que solemos olvidar: para explicar por qué en el caso A se consolidó un modelo populista radical mientras que en el caso B no se dio algo semejante, aun con condiciones similares, las explicaciones estructurales solo nos hacen avanzar hasta cierto punto del camino. En definitiva, es imposible despejar el rol del liderazgo individual en la construcción de este tipo de experiencias.

Hemos señalado antes que existen menos casos de populismos radicales en América Central que en Sudamérica, y buscamos develar las razones para esta relativa escasez. Sin embargo, «pocos casos» no es igual a «ninguno». América Central ha tenido ejemplos relevantes de liderazgos populistas en el pasado, y los tiene en la actualidad.

(...)

No podemos dejar de señalar el caso contemporáneo que probablemente haya atraído a más de un lector a hojear este libro: El Salvador. Este país centroamericano tiene en la actualidad un presidente populista, que se reivindica públicamente como tal y cuyo liderazgo ha sido construido en las urnas.

¿Cómo podemos explicar las excepcionalidades de Panamá y El Salvador? En cuanto a Panamá, la larga persistencia del estilo populista puede relacionarse con una cuestión única: la internalización concreta, física, del adversario externo. Estados Unidos no era en Panamá una sombra más o menos fantasmagórica, sino una presencia real y concreta que no solo controlaba administrativa y militarmente el territorio panameño, sino también el principal recurso económico del país e incluso, por qué no, una fuente de identidad cultural e histórica. (De esta manera, una vez que esta intromisión fue retirada luego de la entrega del Canal, el antagonismo con Estados Unidos disminuyó de manera notoria). Sin embargo, este factor aleja sustantivamente a Panamá del resto de los países del istmo.



Si el populismo se revela casi como un elemento estructural de la política panameña, lo contrario puede decirse del ascenso de Nayib Bukele. La historia de El Salvador no está caracterizada por la prevalencia de liderazgos populistas, y tampoco por la existencia de una cultura política saturada de repertorios y topoi populistas. El sistema partidario salvadoreño estaba estructurado por dos fuerzas políticas hegemónicas y era (en apariencia al menos) relativamente estable [Alianza republicana Nacionalista (Arena) y el Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN)]. Nayib Bukele no ingresa a la política como un outsider, sino que llega a su primer cargo público desde adentro de uno de los partidos establecidos. En definitiva, no puede aislarse una variable que permitiera decir hace una década, por ejemplo, que El Salvador tendría irremediablemente un gobierno populista.

Vale decir, no podemos identificar una explicación estructural que dé respuesta a la pregunta de por qué Bukele pudo consolidar en El Salvador un tipo de liderazgo radical, pero no encontramos algo similar para Guatemala y República Dominicana, por ejemplo. O viceversa, a pesar de que en la encuesta hemos encontrado que en Honduras la sociedad parece dispuesta a adversar con los empresarios como autores del daño, Xiomara Castro parece no haber avanzado en una dirección radical tanto como Nayib Bukele.

En definitiva, es imposible comprender las transformaciones políticas salvadoreñas sin ingresar como una variable de importancia la capacidad de un líder político capaz de articular un discurso disruptivo. En el caso de Bukele, su discurso parece haber podido enhebrar cuestiones originales: entre ellas, el uso retórico del concepto de bitcoin como un verdadero significante vacío que, aun sin tener contenido concreto (o mejor dicho, precisamente por eso), pudo asociar su proyecto metonímicamente con el significante «futuro», algo que, como quedó visto, resulta central para las audiencias latinoamericanas. También consiguió en su discurso derribar el simbolismo que constituían los Acuerdos de Paz, convirtiéndolos en un pacto entre corruptos –otra vez «los pactos»– y también construir a la criminalidad y las pandillas como el enemigo interno. Esto ha sido una construcción discursiva significativa, ya que logró ir más allá de los espasmos populistas punitivistas anteriores, que no habían sido del todo exitosos. En el caso de Bukele, la innovación ha sido combinar elementos típicos del más clásico «manodurismo» con una comunicación con rasgos igualmente futuristas y estetizantes en, por ejemplo, el énfasis en las «nuevas» cárceles y las «nuevas» metodologías. Mano dura, bitcoin, juventud y redes sociales en una combinación de fuerte efectismo.

Este enemigo interno se relaciona con la construcción de un enemigo externo también bastante original, lo que él llama «la comunidad internacional». Esta se



construye como un concepto más amplio y mucho más «vacío» que, por ejemplo, Estados Unidos, ya que por un lado, admite una mayor cantidad de adversarios (organizaciones no gubernamentales, países europeos, organismos financieros y medios de comunicación con alcance global), mientras que, por otro, no los define de manera concreta, sino situacional, algo típico en los discursos populistas.

La presentación de las connotaciones asociadas al contenido semántico de futuro en Bukele es inseparable de su uso de las redes sociales como canal privilegiado para hacer llegar su palabra y su imagen directamente al electorado, algo en lo que, por ejemplo, está muy rezagada la hondureña Xiomara Castro. Todo esto se combina además con un componente religioso con ribetes casi mesiánicos: Bukele se presenta como una figura redentora, el único que podrá conducir a un pueblo infeliz y sometido a la injusticia hasta un futuro de paz y orden (otro componente del discurso populista).

Nota: el presente artículo es un extracto de la introducción y de las conclusiones, en el cual hemos reducido las notas al pie.

1. Cas Mudde y Cristóbal Rovira Kaltwasser (eds.): *Populismo. Una breve introducción* [2017], Madrid, Alianza, 2019.
2. Petar Stankov: *The Political Economy of Populism: An Empirical Investigation*, Routledge, Londres, 2021.
3. Pippa Norris y Ronald Inglehart: *Cultural Backlash. Trump, Brexit, and Authoritarian Populism*, Cambridge UP, Cambridge, 2019.
4. Lone Sorensen: *Populist Communication Ideology, Performance, Mediation*, Palgrave Macmillan, Londres, 2021; Benjamin Krämer y Christina Holtz-Bacha: *Perspectives on Populism and the Media Avenues for Research*, Nomos, Baden-Baden, 2020.
5. Pierre Ostiguy, Francisco Panizza y Benjamin Moffitt (eds.): *Populism in Global Perspective: A Performative and Discursive Approach*, Routledge, Nueva York, 2021.
6. Kurt Weyland: «Neopopulism and Neoliberalism in Latin America: Unexpected Affinities» en *Studies in Comparative International Development* vol. 31 N° 3, 1996. Para los libertarios



IV. Neoliberales y libertarios por América Latina. Por Juan J. Paz y Miño Cepeda

Para los libertarios o anarcocapitalistas de América Latina, el austríaco Friedrich von Hayek (1899-1992) y el norteamericano Milton Friedman (1912-2006) son sus pensadores económicos insustituibles. El think tank “Ecuador Libre”, cuyo directorio está presidido por Guillermo Lasso, actual presidente del país y del cual son miembros varios ministros y otros conocidos personajes, incluso mantiene la sección “Cátedra Hayek” como enlace esencial en su página web (www.ecuadorlibre.org).

Hayek recibió el Premio Nobel de Economía en 1974 y Friedman en 1976. La coincidencia es significativa: ambos eran monetaristas, aferrados a concepciones sobre mercado libre y libre empresa (neoliberalismo), enemigos radicales del socialismo, y adversarios teóricos de J.M. Keynes, quien refutó, a su tiempo, las ideas de Hayek. Los “Chicago Boys”, discípulos de Friedman, asesoraron directamente al dictador Augusto Pinochet en Chile, a quien Friedman admiró y visitó como consultor. El otorgamiento del Nobel a Friedman provocó una serie de manifestaciones sociales y contundentes críticas académicas. Las ideas de Hayek y de Friedman adquirieron significación en la década de 1980, inspiraron a los gobiernos de Ronald Reagan (1981-1989) en los Estados Unidos y de la primera ministra Margaret Thatcher (1979-1990) en el Reino Unido (Friedman asesoró a los dos gobiernos) y sirvieron para imponer el neoliberalismo en América Latina a partir de la crisis de la deuda externa que estalló en 1982, los condicionamientos del FMI a través de sus cartas de intención y el derrumbe del socialismo soviético.

Hayek y Friedman estudiaron las economías del primer mundo capitalista. Pero sus obras idealizan un sistema que, en la práctica, no existe en ningún lugar del mundo, por más que algunas de sus ideas hayan inspirado políticas (sobre todo monetarias) concretas en los mismos EE.UU. y en Europa, que no solo apuntalaron la globalización transnacional durante las décadas finales del siglo XX, sino que afectaron los Estados del bienestar (Welfare State). Sin embargo ni en Europa o Canadá se liquidaron los servicios públicos y la seguridad social universal, que caracterizan al modelo de economía social de mercado (post II Guerra Mundial) que diferencia a Europa del modelo de libre empresa norteamericano, en el cual aparentan lucir los principios que Adam Smith (1723-1790) estableció en su tiempo.

Pero Hayek y Friedman desconocen las economías del Sur Global, no estudiaron América Latina y en esta región sus ideas se impusieron por dictaduras sanguinarias como las del Cono Sur y por gobiernos de la derecha política, que



acogieron el neoliberalismo porque calzaba perfectamente con los hábitos económicos tradicionales y con los intereses de las elites empresariales y oligárquicas, que constituyen el poder efectivo en cada país. Hay innumerables estudios sobre las nefastas consecuencias de la aplicación del recetario neoliberal en América Latina (el decálogo del “Consenso de Washington”) y no hay un solo país en la región que demuestre sus “bondades”, incluido Chile, al que Friedman y los Chicago Boys consideraron un ejemplo.

Ante el fracaso neoliberal, los libertarios dan un paso adelante: imaginan el reino de la empresa privada, la propiedad y la libertad, sin Estado, sin impuestos, con bienes y servicios privatizados y trabajo desregulado (<https://shorturl.at/wENP7>). Mientras en los EE.UU. a nadie se le ocurre aplicar sus utopías (hay que imaginar a esta potencia si achica o se deshace del Estado, mientras asciende China), en América Latina aparecen “tanques de pensamiento” financiados por empresas y fundaciones como Atlas Network (<https://shorturl.at/DIMY0>), la mayor de las financistas (en su web, Ecuador Libre también destaca a Atlas Network y a RELIAL), que alientan la visión “libertaria” para realidades absolutamente contrarias a las de sus especulaciones teóricas (<https://shorturl.at/duwAF>).

Los libertarios asumen superioridad moral. Pero simplemente han vuelto a poner de cabeza lo que ya estaba de pie: se abstraen del mundo real (el ser) para suponer una economía “libre” (deber ser), que solo está en su mente. También suponen el reino del ser humano “natural” sin el poder del Estado, pero no quieren ver el poder privado con monopolios, grupos económicos y explotación laboral. Igualmente suponen el reino de los derechos naturales que, en última instancia, derivan de Dios, que es una vieja teoría que se remonta a la filosofía especulativa griega. Incluso toman de Adam Smith la idea del “estado de naturaleza” del hombre, que fue concebido como un momento anterior a la Antigüedad y al capitalismo. Por los libertarios no pasan las genuinas ideas del liberalismo de los revolucionarios franceses del siglo XVIII y peor aún de los liberales y radicales latinoamericanos que mantuvieron larga batalla contra los conservadores del siglo XIX. Y “olvidan”, deliberadamente, la conquista de derechos, que es fruto de los procesos históricos de la humanidad y no de un supuesto derecho “natural”. De modo que, finalmente, reviven, en forma reciclada, viejas ideas que se han convertido en consignas de grupos económicos que están dispuestos a todo lo que sea posible, para que no existan gobiernos progresistas o de izquierda, a los que, sin duda, consideran los enemigos permanentes.

Los libertarios/neoliberales seguidores de Hayek y Friedman en América Latina desconocen la historia económica y social de la misma región, donde a cada paso se demuestra que gracias al Estado se ha logrado avances materiales y la provisión



de servicios que pueden llegar hasta los más pobres, algo imposible en manos exclusivas de la empresa privada. Incluso el desarrollismo de las décadas de 1960 y 1970 es el que permitió la definitiva vía capitalista de la región. Olímpicamente desprecian la redistribución de la riqueza y creen que los ricos propietarios se han constituido con trabajo y esfuerzo propios, así como los pobres existen por falta de emprendimiento libre y voluntario, en una sociedad sujeta a la “competitividad”. Para ellos son inaceptables las propuestas de Thomas Piketty, Mariana Mazzucatto, Dani Rodrik, Emmanuel Sáez, Gabriel Zucman o Joseph Stiglitz (Premio Nobel 2001), con tesis absolutamente opuestas. No parece que los libertarios latinoamericanos estén informados de las investigaciones de instituciones como la CEPAL, cuyo primer estudio sobre la región es del año 1948 (<https://shorturl.at/mJL35>).

En Argentina Javier Milei brilla por sus disquisiciones ideológicas que lucen a verdades económicas en medio de injurias y agresividad discursiva. En Ecuador todavía no hay una figura que le imite, aunque aquí los libertarios brillan por sus ocurrencias, de la que hace gala Verónica Abad, libertaria candidata vicepresidencial del millonario Daniel Noboa, para quien no existe el “derecho” a la educación ni a la salud (<https://shorturl.at/EGLOP>), debe privatizarse la seguridad social (<https://shorturl.at/dyLXY>), el Estado empuja a las mujeres para que se divorcien (<https://shorturl.at/os013>) y así otras perlas semejantes. Venden filosofías baratas, aunque todo bien financiado por los think-tanks y las fundaciones de países imperialistas, interesados en mantener su hegemonía internacional a través de fomentar gobiernos limitados y Estados mínimos en los países del Sur Global.

Para Latinoamérica es una experiencia más lo que ha ocurrido en Ecuador durante los últimos seis años, con los gobiernos de Lenín Moreno (2017-2021) y Guillermo Lasso (2021-2023) su continuador: se han destruido fuerzas productivas (Marx), el Estado fue desinstitucionalizado y la democracia derrumbada, se han agravado las condiciones de vida y de trabajo de la mayoría de la población, un férreo bloque de poder controla el régimen económico y hegemoniza en el político, la economía se halla estancada, la riqueza se reconcentró, y durante los últimos dos años penetraron en el Estado las mafias del crimen organizado internacional (<https://shorturl.at/jmtQ3>). Así va el neoliberalismo-libertario por estas tierras.



V. Magdalena Vergara y Álvaro Ramis sobre respaldo de Macaya al texto constitucional y más en JYR. Por El Mostrador

Hacer clic en el vídeo:

